¿Y después de la huelga, qué?

Posted on 23 de noviembre de 2026 by Nuria Alabao

Venimos de una serie de fogonazos que han hecho estallar la calle en protestas masivas en torno a la cuestión de la vivienda –aunque no solo–. Si bien el seguimiento de la huelga general fue irregular dependiendo del sector o del territorio, la jornada de lucha del mismo 11N fue multitudinaria y explosiva, con cortes de calles y piquetes que desplegaron energías militantes que no veíamos desde hace tiempo. En conjunto se interpreta como el inicio de un nuevo ciclo de movilización.

También contamos en esta historia con cargas policiales injustificadas y completamente desproporcionadas como la de Madrid, destinada a limpiar la calle de manera preventiva. Se han desalojado las acampadas de Madrid y Barcelona y se ha detenido al menos a un centenar de personas, de las que al menos cuatro se encuentran en prisión preventiva. Un colofón represivo incomprensible al que se suma el contexto electoral de «todos contra la derecha». Nos encontramos en una suerte de *impasse* hasta después de las elecciones. Pero después, ¿continuarán las movilizaciones, y cómo? ¿Y los intentos de apropiación partidaria de las movilizaciones? ¿Qué significaría escalar la lucha? No son respuestas sencillas, pero lanzamos aquí algunas ideas para el debate.

El malestar va a continuar

Se compara mucho este ciclo con el 15M, cuyas consecuencias políticas alumbraron a los partidos del cambio –hoy en decadencia– e incluso vieron nacer a Sánchez, la traducción de la sacudida política quincemayista en el PSOE: ese *outsider* que se rebeló contra la vieja guardia socialista y que traía un programa de regeneración democrática acorde con los tiempos. Durante sus ocho años en el Gobierno ha habido protestas de muy diverso signo –algunas de derechas–, pero nada tan masivo como esta escalada de contestación social en torno a la vivienda. Es cierto que durante el 15M se vivía un contexto de crisis aguda y sus consecuencias en forma de desempleo y recortes dieron paso a nuevas formas de radicalidad política, y a un movimiento difícil de interpretar según las coordenadas políticas tradicionales.

> ***Hay crecimiento económico y récord de empleo, pero los servicios públicos empeoran por la gestión neoliberal***

Hoy la situación económica es muy diferente, y las movilizaciones también tienen que serlo. El momento es ambivalente. Hay crecimiento económico y récord de empleo, a lo que acompaña un aumento de la oferta de empleo público –entre 2018 y 2025 el Gobierno convocó una media de 32.500 plazas públicas al año, que triplica la del Gobierno de Rajoy–. Pero los servicios públicos empeoran por la gestión neoliberal y los recortes: las listas de espera para operaciones se sitúan en cifras récord. También está muy presente la inflación que afecta al nivel de vida. Casi un 11 % de la población dice que no llega a fin de mes y un 33,5 % que llega justo, aunque algo más del 54 % consigue ahorrar aunque sea poco, según las encuestas. El bienestar no llega a todos por igual ni el momento se vive con optimismo en todos los

Si deseas contribuir, puedes suscribirte en https://zonaestrategia.net/suscribete/ ¡Gracias por formar parte de nuestra comunidad y por tu valioso respaldo!

sectores sociales.

El malestar es difuso pero se centra en las clases populares –que, más allá de quienes participan en la PAH y en otras organizaciones donde tampoco son mayoría, parecen bastante ausentes de las protestas– y en los jóvenes, los más afectados también por la crisis de vivienda y los bajos salarios. Entre ellos, la edad de emancipación sigue subiendo. Es este malestar subyacente el que ha dado cuerpo al movimiento levantado por el Sindicato de Inquilinas, y va a continuar más allá de las elecciones. Sobre todo, porque la crisis de vivienda tiene una solución complicada a corto y medio plazo. Por ejemplo, a medida que crece la rentabilidad de la vivienda como bien de inversión, se vuelve más caro construir vivienda pública.

La izquierda y sus aparatos de captura

Como explica Pablo Carmona, autor de *La democracia de propietarios*, la izquierda parlamentaria y el propio Gobierno han tratado de mimetizarse con las protestas para «hacerse parte del movimiento», lo que ha facilitado «una lectura progresista de lo que está ocurriendo»; es decir, que el malestar expresado en la movilización se ha intentado encerrar en el estrecho marco institucional de izquierda-derecha.

Sánchez, en otra de sus alucinantes gambetas, ha tratado de hacer suyas unas reivindicaciones que en el fondo ponían en cuestión las escasas acciones del Gobierno destinadas a solventar la crisis de vivienda. (Recordemos que ya mostró esta increíble habilidad cuando asumió como suyas las protestas contra el genocidio en Gaza.) El PSOE lo mismo te cuelga en sus sedes una bandera palestina con su logo que otra que enuncia: «Tú o fondos buitres», y esto no es una metáfora: ambas existen.

> ***Sánchez ha tratado de hacer suyas unas reivindicaciones que ponían en cuestión las escasas acciones del Gobierno***

Justo antes de la huelga, Sánchez el Hábil publicó un vídeo donde explicaba que «los derechos exigen movilización«, apropiándose descaradamente del marco comunicativo del Sindicato de Inquilinas y llevándolo al terreno electoral: «Lo que costó un siglo conquistar se puede perder en un instante». También trató de instalar la idea de que era una huelga contra la oposición. Mientras, los otros partidos de izquierda llamaban a movilizarse y aportaban su granito de arena para que la huelga se entendiese como un acto de campaña. Sería así, según muchas lecturas, la primera huelga general «a favor de un gobierno». Al menos, la primera en la que varios ministros han llamado a secundarla.

Cuanto más entusiasta era el apoyo socialista, más se reforzaba el argumento de la derecha de que esta era una huelga electoral; por eso, el Sindicato de Inquilinas –y el resto del movimiento de vivienda– ha insistido tanto en responsabilizar al Gobierno de la situación actual. El PSOE es un «partido rentista«, dijo una de las portavoces del Sindicato, y Sánchez, un «mago de la apropiación«. Cuando la huelga parecía servir al Gobierno, el Sindicato cargaba contra los socialistas, y cuando la derecha intentaba deslegitimarla, lo hacía contra el PP y la patronal.

¿Pero se ha conseguido efectivamente desmarcar la huelga de la apropiación partidista? De aquí al 29N

Si deseas contribuir, puedes suscribirte en https://zonaestrategia.net/suscribete/ ¡Gracias por formar parte de nuestra comunidad y por tu valioso respaldo!

el margen es muy escaso. El movimiento de vivienda puede señalar al Gobierno, pero si este en gran medida llama a la movilización es inevitable pensar que esta huelga le beneficiaba –o que creía que así era–.

> ***Si el Gobierno llama a la movilización, es inevitable pensar que esta huelga le beneficiaba***

La consecuencia de esta apropiación es, según Carmona, que un sector de la población no se haya limitado a la indiferencia, como en otras ocasiones, sino que haya militado activamente en contra. Para muchos, no secundar la huelga equivalía a oponerse al Gobierno. Una traducción de la protesta totalmente novedosa. El 15M no era ni de izquierdas ni de derechas –en un sentido institucional, porque sí tenía contenidos emancipatorios–, y eso le permitió un impacto mucho más transversal en una sociedad que, además, estaba sensibilizada porque sufría la crisis en su conjunto. Con la acampada de Sol todavía en pie, el 81 % de los españoles creía que los indignados «tenían razón», según Metroscopia. Esta vez no ha sido así. En encuestas preelectorales, el apoyo a la huelga partía a la población casi en dos mitades a favor y en contra. Entre quienes prefieren un gobierno PP-Vox, el 52,7 % no simpatizaba «nada» con la huelga, mientras que entre quienes prefieren uno del PSOE y Frente Amplio solo el 5 % no simpatizaba nada, según esta misma encuesta. Curiosamente, la clase social apenas pesaba en estas preferencias; en torno al 46 % de todas veía con buenos ojos el paro. El dato definitivo era que entre los que no apoyaban la huelga, siete de cada diez suspendían al Gobierno y más de la mitad creía que el 29N serviría «para terminar con el sanchismo».

Sin embargo, hay algo que permite vislumbrar que el malestar pervive a pesar de la captura institucional. Entre los votantes de derechas que señalaban la vivienda como lo que estaba en juego en estas elecciones, la simpatía por el paro doblaba la del resto de votantes de derechas. Es decir, el problema material existe y atraviesa a los dos bloques; lo que encierra a la gente en cada bloque es la lectura partidista de la huelga.

Después del 29N: escalar

Tras las elecciones, si gobierna la derecha, estos intentos de apropiación por parte de la izquierda institucional serán más difíciles –aunque no cesarán–, pero se corre el peligro de que el movimiento pase a ser una pieza más de la «resistencia» frente a PP y Vox. Y costará más evitar que se lea como parte del bloque contrario. También será más fácil mantener el conflicto –sin duda habrá más–, aunque también podemos acabar atrapadas en las guerras culturales a las que Vox nos tiene acostumbradas, donde será difícil apuntar a los conflictos centrales que pueden hacer avanzar las reivindicaciones sociales. Buena parte de los movimientos pueden acabar desgastándose en esas confrontaciones donde se juega poco, o lo que se juega es más simbólico que sustantivo.

> ***La integración rara vez llega como derrota; suele presentarse como victoria parcial***

Si deseas contribuir, puedes suscribirte en https://zonaestrategia.net/suscribete/ ¡Gracias por formar parte de nuestra comunidad y por tu valioso respaldo!

Si llegase a gobernar la izquierda, aunque hoy no parezca probable, la prueba de fuego sería sostener el conflicto contra un «gobierno amigo». Como sabemos por precedentes anteriores –simplificando mucho, el 15M fue absorbido en buena medida por Podemos, la potencia feminista fue en parte canalizada por el feminismo institucional y el Ministerio de Igualdad–, la integración rara vez llega como derrota; suele presentarse como victoria parcial. Entre lo que se arranca mediante presión y lo que se concede para desactivar la protesta media una frontera difusa, y en ese terreno incierto se juega buena parte de la política. El Sindicato de Inquilinas tiene a su favor la baza de un programa con algunas medidas difíciles de asumir para los partidos. La cesión obligatoria de viviendas vacías o medidas que pongan el derecho a la vivienda por delante de la propiedad y la libertad de empresa tienen un coste electoral que ningún partido con opciones de gobernar querría pagar.

Es el propio Sindicato el que ha llamado a escalar la lucha. No será fácil, pero ha nombrado ya el que podría ser un próximo paso: la huelga de alquileres. Primero contra grandes propietarios concretos, como las que ya se han llevado a cabo contra La Caixa o Nestar, dicen, y después ampliarla a territorios completos. Este tipo de acciones serían más difíciles de llevar adelante precisamente porque es poco probable que recibieran apoyo institucional. Es una forma de conflicto que, por su naturaleza, difícilmente se puede capitalizar en las urnas. Acumular «poder popular», en sus propias palabras, podría significar no necesitar ese apoyo.

Para Carmona, la «organización política del impago» está relacionada con la experiencia de la PAH –hacer colectivo y público el hecho de no poder pagar la hipoteca o el alquiler–. Algo que sucede desde hace años. También politizar la okupación es un paso más: «Miles de familias se quedarán en la calle sin ningún tipo de alternativa y la única opción que les va a quedar es okupar una de las más de 400.000 viviendas vacías que hay en zonas tensionadas», dice Carmona.

Brotes verdes y dudas

Por lo tanto, hay propuestas para escalar y también interrogantes sobre la fuerza acumulada estos meses. Por ejemplo, si van a continuar los 1.340 comités de huelga que se armaron para la organización del 11N –más bien poblados de gente ya organizada–. Podrían llegar a ser una buena herramienta. Sin embargo, en muchos de ellos parece que han prevalecido lógicas más competitivas que cooperativas y, en general, experiencias previas de espacios activistas similares han sido más bien infructuosas. ¿Será esta vez distinto?

> ***La huelga de alquileres es una forma de conflicto que difícilmente se puede capitalizar en las urnas***

En cualquier caso, esta también es una carrera de fondo que se decide en la capacidad de sostener unas movilizaciones que se alimentan del malestar general, combustible de estas protestas. ¿Seguirá la situación económica atemperando, aunque sea de forma socialmente desigual, esos malestares, o en algún momento del próximo gobierno veremos signos de agotamiento y crisis? De la situación económica dependerá también la explosividad de lo que está por venir. Lo que se consiga hacer con ello dependerá de la capacidad de organización, de mantener el conflicto y abrir otros nuevos, así como de preservar la autonomía de las luchas. De momento, y pese a todos los interrogantes, contamos con

Si deseas contribuir, puedes suscribirte en https://zonaestrategia.net/suscribete/ ¡Gracias por formar parte de nuestra comunidad y por tu valioso respaldo!

cartas mejores: una situación más agitada que en los meses previos y una experiencia política que, para muchos y muchas de las generaciones más jóvenes, ha sido la primera. Y tenemos también las ganas de pelear.

Publicado originalmente en Ctxt.es.

Si deseas contribuir, puedes suscribirte en https://zonaestrategia.net/suscribete/ ¡Gracias por formar parte de nuestra comunidad y por tu valioso respaldo!